

SINFONIA EN EL MAR

Mico era un niño raro. Retraído, tímido, callado, apenas si jugaba con sus compañeros de colegio, ni participaba en sus inquietas diabluras. En casa tampoco daba mucho quehacer, como si quisiera pasar desapercibido. Hacía sus tareas, comía rápidamente, daba un beso a la madre y salía disparado hacia las cercanas rocas.

Su pasión era el mar. Ejercía sobre él una especie de fascinación que le obligaba a contemplarlo, horas y horas, sin cansarse. Había descubierto una pequeña cala, siempre desierta, en la que se refugiaba solitario. A veces construía castillos de arena, o buscaba mejillones, o pescaba con una vieja caña de su padre; en pocas ocasiones se bañaba, aunque sí recorría la breve playita descalzo, tratando de encontrar conchas y extrañas piedras redondeadas por el agua.

Aquel rincón, alejado del bullicio turístico del verano, constituía para Mico como una propiedad inviolable. Ni a los más íntimos amigos -pocos- les había enseñado el lugar. Solo, de vez en cuando, encontraba en él algún anciano pescador.

Por ello, cuando un atardecer, al salir de una grieta formada entre las rocas, en donde trataba de rescatar una mellada navaja, observó como una muchachita, apenas adolescente, se desnudaba para bañarse, sintió tal irritación que a punto estuvo de agredirla. Su natural tímido, sin embargo, le hizo contenerse y, agazapado, limitarse a mirar.

El mínimo bikini dejaba casi al descubierto un cuerpo grácil, esbelto y terso. Sus rubio y cortos cabellos refulgían como rayos de un sol que se hundía en el horizonte de espumas. Los claros ojos, de color de mar, expresaban una exótica y romántica tristeza. Con paso reposado y elegante, cimbreando una fina cintura, se dirigió al agua.

Mico continuó en su observatorio durante el baño. Su irritación se había transformado en curiosidad. La muchacha estuvo nadando largo tiempo. Después, con una toalla, secó cuidadosamente todo su cuerpo y luego de vestirse una ligera bata, marchó rápida.

Esta escena se repitió durante muchos días. Mico comprobó que siempre llegaba a la misma hora, casi pasada la tarde. El se acomodaba en su escondite y, desde allí, contemplaba todas sus acciones. Si, casualmente, alguna vez ella se retrasaba, Mico hervía en impaciencia. La animadversión inicial se había transfigurado en imperioso deseo de verla. Le parecía algo natural como el sol, como la luna que ilumina las espléndidas noches del estío; no acudir a la hora habitual, era como un cataclismo, un suceso anormal y extraordinario que rompía una ley inexorable.

Una tarde especialmente cálida, sin brisa y con un mar que dormitaba, la muchacha, después de mirar cuidadosamente en derredor, como temiendo indiscretas presencias, se desnudó completamente. Sus hermosos, erectos y turgentes senos, como los cabritillos mellizos del Cantar de los Cantares, retozaron libres de trabas, apuntando hacia el padre sol, que se sumergía en el mar; todo su cuerpo, de clásica perfección, al contacto directo del aire y del agua se estremecía de vitalidad y gozo.

Mico, a sus doce años inocentes y estupefactos, estaba conmocionado, confuso; tenía atenazado todo su ser, sumido en un pasmo excitante y dulce que le inmovilizaba; solo sus ojos, muy abiertos como para no perder detalle, parecían tener vida. Aquella noche, inquieto, la pasó desvelado. La rubia imagen desnuda de la mujer se le aparecía con monótona insistencia, y su contemplación le producía una extraña y agradable inquietud.

Mico esperaba, con impaciencia, todos los días, oculto en las rocas. El hecho se había convertido en algo habitual y deseado. Una día vino acompañada de un hombre. Mico sufrió un sobresalto y su corazón, que tantas veces palpitó anhelante al oír los pasos de ella, se llenó de temor.

La muchacha reía alegre, con una sonora y musi-

cal risa; el desconocido le decía palabras amables, alabando su belleza, su gracia, su atractivo.

Después de nadar unos minutos, se tendieron en la arena. Entonces, el hombre, acodándose junto a ella, la besó largamente, mientras los brazos de sirena de la joven se enlazaban a su cuello.

Un rayo, un terremoto, una catástrofe cósmica, no hubieran provocado más espanto y angustia en Mico. Saltó de su escondite y corrió despavorido, desesperado, con el corazón orpimido. Como un huracán subió a su cuarto, cerró la puerta y arrojándose sobre la cama, lloró impetuosamente, acongojadamente, con un dolor agudo e intenso, derramando las más amargas lágrimas de su corta vida.

Tardó varias semanas en volver a la cala. Estaba, como siempre, desierta. Paseó por ella cabizbajo. De vez en cuando se agachaba, cogía alguna piedra y la arrojaba con furia al mar. A su garganta pugnaba por aflorar un torrente de sollozos. De repente, sin poderse contener, gritó con voz sorda:

- ¿ Por qué ?

Se desnudó con creciente excitación y arrojándose al agua, comenzó a nadar mar adentro. Sus movimientos -- eran de inusitada violencia, como queriendo calmarse con el ejercicio y el cansancio. Nadó, nadó sin mirar atrás, hasta que sintió que el aire le faltaba, que sus músculos estaban cansados, muy cansados y que le invadía una agradable modorra, un sueño reparador y tranquilizante... En su mente surgió la rubia imagen de la muchacha, con su sonrisa enigmática, con sus bellos y azules ojos de mirada romántica y triste.